



Reseña

Paola Piacenza. Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y formación en la Argentina de los sesenta. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2017.

Un tiempo de dulce idiotez juvenil

María Fernanda Alle¹

En 1913, el veinteañero Walter Benjamin publicaba en la revista alemana *Der Anfang* (*El Comienzo*) un artículo titulado “Experiencia” que, además de dar inicio a la vasta reflexión sobre ese concepto en su obra posterior, de “madurez”, ponía en escena una contienda entre adultos y jóvenes acerca de la valoración de la juventud como etapa o momento particular de la vida humana. Enrolado en lo que en la Alemania anterior al estallido de la Primera Guerra se conoció como el “Movimiento de la Juventud”, bajo el influjo de las ideas pedagógicas renovadoras de Gustav Wyneken, Benjamin arremetía, desde un “nosotros” que podría delimitarse como “la juventud intelectual alemana”, contra los adultos que, escondidos tras la “máscara inexpresiva, impenetrable, siempre igual a sí misma” de la “experiencia” (93), “desprecian de antemano los años vividos por nosotros y hacen de ellos un tiempo de dulce idiotez juvenil, un entusiasmo previo a la gran sobriedad de una vida seria”.

¹ **María Fernanda Alle** (IECH – UNR/CONICET) es Doctora en Humanidades y Artes, mención Literatura, por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente, es becaria postdoctoral del CONICET y se desempeña como Jefa de Trabajos Prácticos de la asignatura “Análisis y Crítica I” de la carrera de Letras de la UNR. Su tema de investigación postdoctoral gira en torno a la recepción de la doctrina del realismo socialista en el ámbito cultural del Partido Comunista Argentino en los años ‘50. Ha publicado artículos en diversas revistas académicas y ha participado en numerosos encuentros científicos de la especialidad. Contacto: mariafernandaalle@gmail.com.

Esta “juventud” de la que habla Benjamin no se corresponde de modo exacto con el concepto “psicologista” más específico, delimitado en el tiempo (en términos de “edad de la vida” pero también en tanto históricamente fechado), de “adolescencia” que Paola Piacenza desarrolla con puntilloso detalle en su libro *Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y formación en la Argentina de los sesenta* para abordar, con un enfoque singular y novedoso, la literatura argentina de esa década. No obstante, la serie de caracterizaciones y de metáforas ligada a la juventud que se pone en juego en esta cita de Benjamin bien puede proyectarse hacia el campo semántico asociado al “relato de formación adolescente”, tal como Piacenza lo define y lo analiza en su libro. Desde el mismo título de la revista en la que se publica el artículo –*El Comienzo*– hasta la definición “adulta” de la juventud como momento de tránsito hacia la vida “experimentada” de la madurez que Benjamin impugna, la idea de juventud está relacionada a la “temporalidad incoativa y progresiva” (Piacenza 17) del relato de formación, que narra un comienzo y la transición hacia la madurez, mediada por el aprendizaje. Al igual que la adolescencia y los relatos de formación a ella asociados, esa definición “adulta” de la juventud expuesta por Benjamin posee el doble carácter de “transicional” y “relacional”. En efecto, aparece vinculada tanto a las imágenes del cambio, la transición, el pasaje, el desarrollo, la evolución, como a su delimitación por oposición y contraste a otros dos extremos de la línea temporal vital del hombre: el de la infancia y el de la adultez, que se presentaría así como punto de llegada, de culminación de la etapa de aprendizaje iniciada en ese tiempo de transición adolescente.

Pero además, si tomamos el término “idiota” que Benjamin pone en boca de los adultos no ya en sus significaciones peyorativas más corrientes sino en su sentido etimológico –es decir, como designación de aquellas personas ocupadas de lo privado, lo particular, y alejadas, por consiguiente, de los asuntos públicos, comunes (comunitarios)–, se puede también esbozar cierta correlación entre esta definición “adulta” de la juventud y la adolescencia como tiempo de “moratoria social” (71) que Piacenza caracteriza en su libro como una de las constantes de la construcción de la subjetividad adolescente en los discursos sociales de los años sesenta. Podría decirse, entonces, que *Años de aprendizaje* recupera esta

definición “adulta” de la juventud pero la despoja de ese componente de “desprecio” que Benjamin amonestaba. Al contrario, Piacenza estudia atentamente la noción de adolescencia tal como esta se va configurando a lo largo de la historia y sus elaboraciones discursivas y literarias en un contexto histórico político particular pero en un desborde permanente hacia otros contextos geográficos y temporales que le permiten ampliar la mirada y obtener un conocimiento más preciso y certero del objeto.

En esta dirección, *Años de aprendizaje*, libro que se desprende de las investigaciones de su tesis doctoral, Piacenza revisita la literatura de los años sesenta en Argentina desde una perspectiva original: la de la producción de un relato de formación que hace foco en la subjetividad adolescente y que aparece estrechamente vinculado a los discursos sociales contemporáneos que piensan el presente en términos de crisis, como un “estado de transición” hacia una etapa de desarrollo superador. Tanto desde el desarrollismo como desde la izquierda, que tiene en su horizonte la Revolución Cubana, la idea del cambio –progresivo en el primer caso, disruptivo en el segundo– se instala con fuerza en los sesenta como una constante del imaginario social que dirige sus expectativas –de un optimismo enérgico que la violencia de los años finales de la década siguiente se encargarán de sofocar– hacia el futuro “adulto” de un país que se autopercibe “joven”, en “vías de desarrollo”. Al ritmo simultáneo de los avances en los campos de la psicología, el psicoanálisis y la pedagogía, la adolescencia se convierte de este modo en una metáfora apropiada y productiva para dar cuenta de la experiencia de crisis del presente y de los proyectos para lograr el “crecimiento”.

Bajo esta óptica, Piacenza lee un corpus amplísimo de narrativas argentinas que recuperan y ficcionalizan estas figuras del cambio y el desarrollo circulantes en los discursos sociales de la época a través del relato de la experiencia de aprendizaje adolescente. En estas narrativas, entonces, se elaboran diversas figuraciones de una subjetividad adolescente que “se vuelve metáfora de la época en la medida en que se convierte en expresión intercambiable de la experiencia histórica en curso” (60): “Como subjetividad en estado de formación, la adolescencia encarna, de este modo, al sujeto del futuro nacional en un proceso de búsqueda identitaria”, afirma Piacenza. En esta clave, la “máquina de leer” que

construye la autora, según la define Gustavo Bombini en el prólogo al libro, le permite analizar en la literatura de los sesenta la construcción de los personajes adolescentes y sus experiencias de formación, tanto como los tópicos a ella asociados: la iniciación sexual, siempre conflictiva y tantas veces violenta; la iniciación en la lectura y la escritura; los efectos subjetivantes de la institución escolar. El abanico de las lecturas críticas que reúne el libro es profuso, capaz de abarcar escritores de trayectorias y poéticas diversas y, en muchos casos, ubicadas en las antípodas. Pasan así por la lupa crítica de la autora las novelas y cuentos de formación de Julio Cortázar, Álvaro Yunque, Haroldo Conti, David Viñas, Juan José Saer, Rodolfo Walsh, Beatriz Guido, Germán García, Nora Lange, Manuel Puig, Daniel Moyano, Miguel Briante, Sara Gallardo, Ricardo Piglia, Abelardo Castillo, por nombrar aquellos escritores cuyas narrativas cobran mayor centralidad en el análisis en función de las hipótesis de lectura.

Este corpus tan amplio como diverso se sistematiza en series que iluminan los modos disímiles y complejos de figuración de las experiencias de formación adolescente: la de los adolescentes efébricos, de genealogía romántica, que tienen en la narrativa de Julio Cortázar su formulación más acabada y cuya “formación” se define en el “tiempo vacante de la moratoria social”; la de los pícaros de la literatura de izquierda –desde Yunque a Conti o Briante– que deben “crecer de golpe” ante la inminencia del desastre” (180); y, por último, las narrativas del “devenir inmaduro”, representadas fundamentalmente por Germán García y Manuel Puig, que “deconstruyen” la “solidaridad” entre narración, crecimiento y aprendizaje (18). Si las dos primeras series comparten, más allá de sus sustanciales diferencias, el relato de una experiencia de formación, de maduración –por el amor y el dolor, los efebos; por la violencia del mundo, los pícaros–, es decir que manifiestan una confianza en la posibilidad de “aprender”, la tercera, en cambio, la cuestiona, para explorar por contraste las posibilidades “éticas” de la inmadurez.

Pero además esa “máquina de leer” que construye Piacenza se proyecta y se abre en el tiempo, la geografía y los géneros discursivos. Tomo algunos ejemplos puntuales, que no alcanzan a dar cuenta de la totalidad de las operaciones críticas expansivas del libro. En la cronología histórica, la autora arma genealogías y contra-genealogías de los relatos de formación que tienden redes hacia el pasado

y encuentran eslabones fundamentales en la literatura “fundacional” de la generación del ‘80, en la tensión que generan los relatos de formación de Roberto Arlt y Ricardo Güiraldes en 1926 o en la narrativa de Witold Gombrowicz. A su vez, estas proyecciones temporales sobrepasan los sesenta y, tal como se puede leer en las conclusiones, abren caminos críticos para pensar, incluso, algunas narrativas del presente. A nivel geográfico, el análisis se expande, por un lado, para poner en diálogo los relatos de formación nacionales con una variada gama de narrativas latinoamericanas que van desde las novelas de los autores del Boom a la literatura “de la onda” mexicana o la literatura “de collera” peruana. Por otro lado, traspasa las barreras latinoamericanas para pensar el sistema literario nacional –con la teoría de los polisistemas de Itamar Even Zohar mediante– a partir de las operaciones de traducción y circulación de obras como *Lolita* de Vladimir Nabokov o *The Catcher in the Rye* de J. D. Salinger. En cuanto a los géneros discursivos –y como permite suponerlo la hipótesis principal de *Años de aprendizaje*–, la lectura transita por textos de muy diversa índole. Desde discursos políticos, ensayos críticos, artículos de prensa, crónicas, entrevistas, memorias, diarios de escritor, textos de las ciencias sociales y humanas hasta la literatura y viceversa, las lecturas de ida y vuelta entre estos textos disímiles componen un friso original que muestra a los sesenta y su literatura –un objeto tan visitado por todos los campos del saber– bajo una nueva y creativa luz.

Piacenza tampoco olvida, y atiende a ello con especial interés en la última parte del libro, que hacia finales de los sesenta como “época”, a saber, en la “zona de contacto” (19) con los primeros años de la década del setenta, la adolescencia deja de ser pensada como un “tránsito” para devenir en una suerte de “estado”, con la conformación de una “cultura adolescente” que crea sus “propias instituciones y prácticas instituyentes” (363). Los años setenta son testigo, así, de la “clausura de los años de aprendizaje” (19), clausura que es concomitante al progresivo desplazamiento de la idea del desarrollo por la de la revolución como imagen preeminente del cambio. Este desplazamiento impacta también sobre la definición psicologista de la adolescencia, que termina por quedar solapada frente a la “categoría sociológica de ‘juventud’, como período de rebeldía” (364). En la dirección trazada por esta hipótesis, Piacenza no solo indaga la conformación de

un mercado editorial dirigido especialmente a los jóvenes sino también toda una serie de narrativas –*Diario de la guerra del cerdo* de Adolfo Bioy Casares, *Libro de Manuel* de Cortázar o *Mal don* de Silvina Bullrich, por citar algunos casos– que ponen en escena la nueva subjetividad juvenil, su “urgencia” de “acción radical” y la “querrela generacional” que involucra (364).

El tópico de la “querrela generacional” permite volver al joven Benjamin que en 1913 combate a los adultos de “gestos cansados” y “desencantada suficiencia” (95), dedicados a “destrozar” (94) los años juveniles. A ellos, Benjamin les recuerda unos versos del *Don Carlos*, de Schiller: “Dígale usted que aprecie / los sueños de su juventud / cuando llegue a ser un hombre” (96). Todo “entusiasmo” ante la vida comienza allí, en la juventud, y el (¿verdadero?) aprendizaje que depara el paso del tiempo parece estar vinculado, no ya a la máscara “inexpresiva” y “rutinaria” de la “experiencia”, sino a la capacidad de “apreciar” en el presente adulto los “sueños de juventud”. Solo así será posible sostener ese entusiasmo contra la amargura de una “vida sin sentido” y “animar” a los jóvenes “para la grandeza, para la novedad, para el futuro” (94).

Paola Piacenza dedica *Años de aprendizaje* a la memoria de su padre, por su “inquebrantable fe en la utopía” y por “todas aquellas charlas en las que aprendía a pensar junto a él, mientras crecía”. Esta escena de las charlas compartidas con el padre conforma por sí sola un relato de formación, breve pero pródigo en afecto, que mantiene activo en el presente adulto los “sueños de juventud”, para proyectar también un horizonte futuro: la “inquebrantable fe en la utopía” que vuelve a ligar, amorosamente, al adulto del presente con las generaciones que lo antecedieron y con las que vendrán. Quizás pueda encontrarse en ese relato de formación que abre el libro una clave para pensar la indagación tan meticulosa como “entusiasta” que lleva adelante Piacenza en la literatura de una época que tanto confió, pensó y reflexionó en torno al porvenir del hombre y que cifró muchas de sus esperanzas, según explica con detenimiento, en la formación de la juventud.

Bibliografía

Benjamin, Walter. "Experiencia". *La metafísica de la juventud*. Barcelona: Paidós, [1913] 1993.